

¿Qué significa a mi entender un niño?

Por el Dr. Héctor Láinez N.*

Es realmente asombroso, como esa fugaz etapa de transición llamada infancia, por la que todo adulto en su recorrido por la vida, obligatoriamente pasa, pueda representar cual milagroso fenómeno, la más genuina revelación de inocencia, amor, pureza y ternura humanas, impregnadas a su vez, de esa energía inagotable y de esa curiosidad insatisfecha encerradas apenas dentro de unos pocos kilos de ingenua picardía en incipiente desarrollo.

Basta con presenciar la dinámica de un parto normal, para ser testigo de uno de los acontecimientos biológicos más impresionantes y admirables.

Sí! basta con hacer una incursión a una sala de Obstetricia; para ver nacer a un niño y oír por vez primera ese llanto agudo y espontáneo, en señal manifiesta de una nueva humanidad que se está anunciando a gritos. Proyectil viviente, que al impulso de potentes contracciones uterinas. . . brota y emerge, entre la abierta desnudez del ángulo que forman ese par de muslos maternos. Breve momento de expectación! Aquel en que la sección entre dos pinzas hemostáticas de ese vital cordón de sangre y gelatina, interrumpe para siempre la subordinación circulatoria del recién nacido a expensas de la hemoglobina placentaria. Y establece ante los ojos del médico partero, cual si fuera otro milagro fisiológico gestándose, el automatismo de la respiración pulmonar del niño en ese instante.

¡ Eureka, Eureka, Eureka, Eureka!

Feliz culminación de nueve largos meses de paciente espera. Niñez triunfal estrenándose ante el mundo. Y ¡Sexo neonatal sellado, que hasta ahora se expone al descubierto!

Contemplar después, la secuencia ordenada de los diferentes períodos involucrados en el desarrollo de la personalidad infantil, es todavía de por sí, tan espectacular como el nacimiento mismo.

Al analizar el comportamiento de tal o cual niño, detectamos de inmediato en la inmadurez de sus gestos y movimientos, la natural ausencia de convencionalismos e inhibiciones sociales. Su virgen psicología desconoce en su espontaneidad, la prudencia ante la inminencia del peligro físico y la premeditación tibiamente calculada.

Fase peregrina y de particulares exigencias funcionales, donde la demanda de cariño y de cuidados impuestos por el niño, solicita con la alarma de su llanto nuevos hábitos o atenciones especiales, a costa del desvelo de sus progenitores.

Temprana edad de inexperiencias, donde la autogratificación oral centraliza toda la atención del niño.

Por todas esas razones, creo sin temor a equivocarme, que descubrir el fabuloso mundo de la infancia, es sencillamente reconocer que tenemos a un palmo de nuestras pupilas, uno de los múltiples perfiles con que a diario la madre naturaleza nos muestra su infinita maravilla.

Clinicas Unidas, Tegucigalpa, D. C-, Honduras, C. A.

Tras la paciente observación de la conducta de mis tres pequeños hijos, he juzgado pertinente a manera de original ensayo literario, pretender definir como médico y como padre de familia, todo lo que para mí significa un niño en sus primeros años de vida.

No es de extrañar pues, que los distintos conceptos aquí vertidos, contengan una buena dosis de lexicología médica y estén saturados en su tono descriptivo de esa inspiración y sentimiento paternos.

Al emplear repetidamente la palabra niño, no he pretendido en ningún momento prejuiciar la atención del amable público lector, haciendo entrever que únicamente el varón es el centro donde gravita la ideología de este ensayo. Entiéndase bien, que su definición califica indistintamente a cualquier pequeño humano, sea este un niño o una niña.

Así las cosas,

UN NIÑO ES:

Abdomen gravídico de madre en perspectiva.

Fusión de cromosomas en incipiente vida, que se nutren y abrigan al calor prodigado por el vientre materno.

Células en embrión multiplicándose. Un niño ya es un niño, aún sin haber nacido todavía. Puente de unión entre la herencia fusionada de los padres y el código genético de los futuros nietos.

Pedacito de carne en revoltosa vida, que muerde, grita y llora por uno de sus extremos y se evacúa sin pedir disculpas por el otro.

El lenguaje onomatopéyico más universal e incomprensible. Y a la vez, el sonido más dulce y cariñoso entre todo lo accesible a la acústica del hombre.

Plieguecitos cutáneos que bisectan lo interno de sus muslos infantiles, en doble y graciosa simetría.

Sarampión, rubéola y enteritis, enjuiciadas con criterio de catástrofes.

Tierna inmunidad desprotegida, que reclama el auxilio de vacunas preventivas.

Nudismo galopante en riña permanente contra el frío.

Síntesis de nuestras esperanzas pasadas convertidas en realidad de hoy e ilusión de nuestras ambiciones presentes proyectadas al mañana.

Armónica simbiosis de células, glándulas y órganos que crecen. Y joven epidermis que se estira día a día.

Desarrollo, dulzura y gracia improvisada. Músculos incansables, chichones en la frente y orina inoportuna, compendiados en la más bella y pura de las santidades.

Encías desdentadas al nacer. Y al ratito, perlas naturales germinando en blancos botoncillos de esmalte y de dentina. Dientecitos de leche en premier de gala.

Cuerdas vocales en superestereofonía. Rivales por excelencia del radio y del televisor propios y del vecino, vibrando al unísono en su máximo volumen.

Pequeño ángel sin alas, capaz de las más inverosímiles diabluras.

Rodillas sucias e insensibles. Locomoción a rastras sobre el suelo. Y más tarde, pies semidescalzos corriendo al aire libre todo el día. Maratón olímpico desposeído de medallas y de zapatos duraderos.

Greñas en rebelde pugna con el peine.

Sexo virgen en escaparate. En actitud desafiante contra la curiosidad de las demás personas. Y contra el protocolo de sus propias ropas.

Anatomía in púribus, anunciándose en vitrina permanente. Pudor desconocido.

Reloj despertador que funciona no cuando nosotros precisamente lo deseamos, sino cuando su laringe precisamente nos lo impone.

Tubo anatómico que chupa, balbucea, ríe y grita por arriba y sin ruborizarse por nada ni por nadie, emite ruidos hidroaéreos y ensucia¹ pañales por abajo.

Metabolismo en ebullición constante, responsable de las travesuras más insólitas y atrevidas. Capaz a ratos, de desquiciar al más cuerdo de los padres y de endulzarnos la más amarga de las penas.

Leche convertida en biosíntesis proteica y en activo crecimiento.

Vandálica y angelical criatura, que sin necesidad de acudir a la violencia armada, nos despoja del bocado más sabroso al instante de llevarnoslo a la boca. Sin cortesías ni permisos, nos interrumpe intempestivamente el sueño más profundo y placentero. Y ensopa cual copioso chapuzón en tropical tormenta, el más presentable de nuestros trajes. . . en el más inoportuno de los tiempos!

Técnico en felicidad doméstica. Artífice del amor y la ternura.

Curiosidad insatisfecha en perenne actividad inquisitiva.

Indagación continua e inconforme, que absorbe cual esponja insaturable, retazos de experiencia en su memoria.

Por naturaleza propia, el más íntimo y más belicoso contendiente de sus otros hermanos. Y a su vez, el más resentido de los seres, por las caricias profesadas hacia ellos, en presencia suya.

Acaparador exclusivo de todo nuevo juguete que esté al alcance de sus inquietas manos.

Consumidor autoritario de la mayor parte del presupuesto navideño de la casa.

Diminuto personaje que con las persuasivas falanges de su espíritu, es capaz sin hacer ningún esfuerzo, de imprimir en el entendimiento de sus progenitores, la idea de asegurarse la vida en esta vida, para después él, obtener un justo beneficio de la muerte inevitable de uno de ellos.

Elongación somática y anímica, que expande hacia el futuro nuestra propia biología.

Pequeño eslabón viviente que garantiza con sus cartas credenciales, la continuidad de los genes amalgamados de los padres.

Matas de pelos desaliñados en las sienas. Mejillas tiznadas e inocentes, combinadas con bombones y monedas de níquel en su boca.

Impetuosa energía que aniquila rifles, trenes y muñecos, descuaderna libros y revistas y destroza botas y zapatos, con la eficacia de un incendio con seguro oneroso, en almacén de comerciante pirómano mañoso.

Atento párvulo casero que nos pone las pantuflas cuando más necesidad tenemos de ellas, haciendo gala de espontánea y humilde diligencia.

Tierra, mugre y clavos. Tuercas y tornillos en sus **bolsas**. Suciedad y lodo entre sus uñas y blancura de armiño en su conciencia.

Cachetes imberbes y redondos. Sonrisas puras y espontáneas, que demuestran en el brillo perlado de sus dientes, esa jovialidad espiritual desprovista de la más mínima malicia.

Diablillo terrenal que reúne en la inmadurez de su YO propio, la rabieta estridente e inoportuna con la travesura indiscreta y perdonable.

Pulgares humedecidos en tibia saliva complaciente. Succión bucal de dígitos sucios y terrosos, en manifiesto desafío a las leyes de la higiene y medicina preventiva.

Miniatura jubilosa cabalgando en un triciclo en movimiento.

Héroe o heroína que usando únicamente las armas sensitivas de su alma, contiende a diario en la difícil batalla del amor al prójimo y emerge sin violencias victorioso.

Sucio retazo de trapo viejo e inanimado, que atrae cual magnético imán sus pueriles atenciones. Vínculo afectivo incomprensible proyectado hacia un objeto cualquiera incompatible.

Dedos inquietos y traviosos que al modelar la dócil **plasticina**, dejan escapar por sus pulpejos, esa artística imaginación sin horizontes. Novel prospecto en esculturas surrealistas.

Dar rienda suelta a la improvisación creadora y construir torres, puentes y castillos con cubos y cilindros de madera.

Protagonista universal, que otorgando °) encanto de sus esporádicos abriles, es el recurso audiovisual por excelencia, en la propaganda comercial de las casas fabricantes de productos infantiles.

Regocijo de pascua que deambula libremente en cualquier época del año.

Miniorquesta concentrada en la garganta de un pequeño. Productor de ruidos y berrinches disonantes, saturando el ambiente de agudos e intensos decibeles.

Jerarca en el hogar que al momento preciso de enfermarse, hace con la elocuencia misma de su crisis, una crisis mayor en el ámbito moral de la familia.

Escuchar en señal de bienvenida cariñosa, las voces de "papá" y de "mamá" pronunciadas tiernamente, al regresar cansados a la casa, después de un largo día de trabajo.

Verde fragmento espiritual de luz y de **esperanza** y segmento de porvenir en Kindergarten.

¡Sí! ¡Mil veces sí!

Un niño es aquí y en cualquier rincón del orbe; La única forma de anarquía compatible con la verdadera felicidad del hombre como hombre.

Un niño es: La mayor alegría con que Dios puede premiarnos en la tierra, la legítima suerte de convertirnos alguna vez en padres y comportarnos nuevamente como niños sin saberlo.

Correr, llorar, reír,
comer, jugar, dormir.
Y fabricar auténtica felicidad,
en un incesante devenir.

Eso y mil potencialidades imprevisibles más!

Significa a mi entender, **el** maravilloso tesoro de sorpresas escondidas, bajo la tersa piel de un niño.